

Los Libros

«ROSTROS Y CLIMAS» de JORGE CARRERA ANDRADE,
por *Juan Marín*.

Que un poeta puede escribir sabrosas crónicas lo probó ya Rubén Darío y lo ha confirmado magníficamente Rosamel del Valle en sus correspondencias a «La Nación» de Santiago de Chile, desde New York. Pero, el libro de Jorge Carrera Andrade que ahora tenemos entre las manos, viene a agregar una nueva dimensión al «turismo poético» del mundo: el de la amenidad, una sabia amenidad que hace que una vez entrados en contacto con estos «Rostros y Climats del Mundo», no podamos separarnos de ellos hasta no agotarlos. Y agotarlos es una errónea expresión, pues el material de estas 250 páginas de música y color no se agota jamás. El poeta-viajero de «Boletines de Mar y Tierra» y de «País Secreto», el mago de la metáfora y alquimista de los microgramas, «ha viajado más allá de los mapas terrestres y lleva consigo fotografías de la esencia de las cosas», según la acertada definición del crítico norteamericano H. R. Hays. Y esa es la nueva dimensión a que aludimos a comienzo de esta nota: Carrera Andrade capta y describe la «quintaesencia» de las unidades de la Natura-

leza, como hubiera dicho Paracelso. Y en esto hay magia, magia de poeta que los profanos no logran alcanzar. El libro se divide artificialmente—más bien para reposo del lector ya que él es único e indivisible—en tres grandes secciones: «Rostros y Climas», «Geo-Poética del Nuevo Mundo» y «Retratos de Memoria». Si hubiéramos de marcar preferencias nos inclinariá-mos por la segunda, en la que nuestros países, sus hombres y sus paisajes, aparecen iluminados por un extraño colorido, como si los redescubriéramos vistos en una linterna inesperada, la de un Aladino moderno y sabio. Carrera Andrade, como Neruda, es un descubridor, un revelador de secretos: así lo muestran sus «Latitudes», su «Registro del Mundo», su «Biografía para uso de los Pájaros», su «Visitante de Niebla». Y, seguramente, también, otros libros suyos recientes que no conocemos: «Aquí yace la Espuma», «Ecuador del Corazón», etc. El poeta entra en la semilla de las cosas, rompe la cutícula imperfecta, atraviesa los protoplasmas germinales y desnuda el núcleo armónico que es la raíz de lo creado. Y de allí, al conjuro de su varilla mágica, escapan las imágenes perfectas, las metáforas cargadas de música, los símbolos ocultos. Véanse estos trozos que el poeta consagra a Chile: «País de viñas, la alegría y la tristeza lucen allí coronas de reinas de la dinastía del vino. La uva rojiza—gota de sangre de toro, coagulada—y la uva amarillenta, como henchida de sol, encienden y avivan la sangre del habitante de Chile, amigo del mar. La uva es el símbolo de la realidad, de la embriaguez de lo real. La presencia de la montaña invita igualmente al hombre a enfrentarse a las cosas materiales. Es el dominio de lo inmediato, la tierra que manda y el terrícola que se nutre de ella y la obedece, como a una madre.

¡Muralla, madre de hielo y piedra es la montaña; el mar es la libertad! Novia del agua, promesa del horizonte que saca de la nada, como un prestidigitador prodigioso, islas y puertos de aventura. Los habitantes de Chile son marinos. El mar ha dado a su habla el ritmo lento del oleaje, a su puño el vigor oceánico y a su mirada el alcance y la profundidad de los vastos horizontes. El mar está diciendo siempre: ¡más allá! Golpea con su hombro azul, sin descanso, la puerta gris del horizonte, como queriéndola echar abajo para ver lo que hay detrás. El mar pregunta y el cielo responde y los dos llegan a un acuerdo azul e infinito. El mar es una invitación a la metafísica». Tal es el lenguaje de Carrera Andrade en sus «Rostros y Climas»: el lenguaje inevitable e imperativo del poeta que «va por todos los rincones de la selva terrenal en busca de las cosas» y que cumple, sin esquivar ni desfallecimientos la consigna que él mismo ha fijado al poeta en su «Arte Poética»:

«que el ojo apareje su nave
para un nuevo descubrimiento».

■

«OLEAJE» de DORA ISELLA RUSSELL, por Juan Marín

Hay una madurez filosófica tremenda, impresionante, casi diríamos aterradora en la poesía de esta hermosa muchacha que, desde las playas soleadas de Montevideo, nos envía su suave «Oleaje» a través de dos océanos y dos continentes. ¿De dónde extrajo Dora Isella ese acento de serenidad y hondura con que escribían los poetas taoístas de China hace 2,500